

del Cristo indio. Este es nuestro orgullo, que nuestra Europa haya dado al «Mahatma» esta guardia de honor; Andrews, Pearson, Mirabhen (Magdalena Slade), nuestros queridos amigos, y otros tantos de sus «grandes servidores» en estos campos del «Satyagraha» en el Sur de Africa y en las Indias. Estos son los que forman la vanguardia heroica de esta «Eurasie» del espíritu que nos hemos propuesto fundar.

Y en la proa del navío que hunde su espolón en las espumosas olas de la milenaria iniquidad social y en la noche de los prejuicios—prejuicios de razas, prejuicios de clases, y de nación y de religiones se sostiene de pie nuestra diosa de los nuevos tiempos: la Revolución, que abre el camino al Trabajo universal—libre, asociado y soberano.—R O M A I N R O L L A N D .

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

## LA NUEVA EDUCACION RUSA

**A**HONDEMOS más en el análisis de la nueva educación soviética y del espíritu que la anima. Su finalidad esencial, según hemos visto, es contribuir a la formación de la nueva sociedad. Más aun, forjar a los hombres nuevos en el ideal y en el espíritu socialistas. «Su aspiración, dice Pinkevich (1), es, por decirlo así, adoctrinar a la juventud en la filosofía proletaria». Ello supone principios y métodos educacionales de todo punto diversos a los de la época burguesa.

Oigamos a Pinkevich: «En primer lugar, bajo un régimen socialista, esto es, en condiciones de perfecta igualdad económica, todos tendrán ocasión de recibir una educación integral que aun hoy, en plena dictadura proletaria, se halla limitada a unos cuantos; en un regimen socialista el único factor decisivo será la capacidad individual. Además de esto, la educación misma será de todo punto diferente. Ciertas materias que ahora parecen esenciales quedarán suprimidas. Así, por ejemplo, la economía política en su forma actual, resultará entonces tan superflua como las antiguas «ciencias sociales» lo son ahora en las clases inferiores o ciertas secciones de la jurisprudencia en las escuelas superiores, en el actual Estado soviético. Las ciencias naturales y las cuestiones técnicas adquirirán, por otra parte, una importancia mucho mayor, ya que todo o casi todo el mun-

(1) Alberto Pinkevich, profesor de la Segunda Universidad Oficial de Moscú: *La nueva educación en la Rusia Soviética*.

do participará en el proceso productivo y, por consiguiente, necesitará poseer, cuando menos, un conocimiento técnico elemental. También el papel del trabajo físico, que en la sociedad futura estará distribuída equitativamente, será muy grande en la escuela que prepara para la vida. En este respecto todas las instituciones educacionales serán instituciones de trabajo. Y ni que decir tiene que en toda escuela ocupará lugar preeminente la preparación para la vida socialista, y que todo cuanto capacite para una moral verdaderamente socialista merecerá primordial atención. La integración de dos grandes ideas del período pre-socialista de evolución social, la idea de la evolución, de la personalidad humana y la idea de servicio individual a la sociedad, se harán posibles de ese modo. En el nuevo régimen desaparecerá la antigua antinomia, viniendo a reemplazarla una síntesis natural».

En la realización rusa la escuela tiene carácter esencial de transición al socialismo y es, o procura ser—según definición oficial— «seglar, esto es libre de toda suerte de enseñanza religiosa; educacional; que realice su enseñanza en la lengua natal de los alumnos; que haga resaltar la íntima relación que existe entre la educación y el trabajo socialmente productivo, y que de este modo prepare miembros perfectos de la sociedad comunista». Ello se exterioriza en la idea de constituir la actividad laboriosa y el trabajo práctico en centro educacional básico.

Pinkevich resume las características principales de la escuela comunista en el período de transición al socialismo: «estudio de la actividad laboriosa y su organización, interpretación del trabajo desde un punto de vista del constructor de un régimen social comunista en la época de la dictadura del proletariado y análisis de la vida contemporánea, hecho con arreglo a un criterio proletario». Características que se completan en la creación de verdadero ambiente de trabajo en la escuela y en establecer, tanto en la teoría como en la práctica, relaciones íntimas con la producción y las clases trabajadoras.

Trátase, en consecuencia, de una escuela activa que busca el estudio y la interpretación del universo de acuerdo con planos y principios que permitan reconstruirlo según las normas económicas de Marx, proyectadas a través de las realizaciones leninianas. En el terreno educacional ello supone íntimo engranaje de los programas escolares con la vida práctica, lo cual requiere participación activa de educandos y educadores en la política y en la vida misma, esto es, íntimo contacto con las masas productoras.

Esta tarea hace necesario dividir la instrucción en dos obje-

tivos: fijar en el niño conocimientos, hábitos y capacidades e inculcarle un criterio determinado acerca del mundo. Vale decir encauzarle espiritual y materialmente en el sentido de la nueva vida.

Veamos, por ejemplo, la finalidad que se persigue, según el ya mencionado profesor Pinkevich, al implantar en la escuela rusa algún cuerpo de conocimiento: «Al estudiar el mundo en sus aspectos todos, ya en el terreno de la naturaleza, ya en el de la sociedad, debe llegar el individuo a una comprensión de la dialéctica de los fenómenos naturales y sociales, sin imponerles a éstos su propio capricho; debe aprender a observar con precisión lo que verdaderamente existe, compenetrándose así con las leyes fundamentales que rigen la sucesión de los fenómenos en el mundo de la realidad exterior. La instrucción científica debe, por lo tanto, dotar al estudiante de una información exacta de carácter fundamental respecto al ambiente circundante, inculcándole al mismo tiempo el concepto del imperio universal de la ley en el mundo exterior. Debe acostumbrarlo también a ver la vida, la naturaleza y la sociedad en su desarrollo, en sus relaciones y contradicciones y en su obediencia a la ley.» (1).

Otra característica importante de la escuela soviética es su unidad. Y esta forma una suerte de médula espinal, de compacta cadena que lleva al alumno desde el kindergarten o aun desde la casa-cuna hasta la universidad, constituyendo una escala educacional no interrumpida. Ello permite, también, sustituir la educación individual y en cierto modo la familia por la educación social. Zinovief dijo: «¡Cueste lo que cueste, hay que apoderarse del alma del niño!»

Mas no bastan el espíritu ni los métodos. El valor hombre, el valor maestro tiene importancia trascendental. En la U. R. S. S. el educador, el maestro debe ser ante todo un organizador social que sepa armonizar el proceso educativo mismo con las necesidades y exigencias del régimen socialista. Debe estar dotado de sólida cultura mínima y tener a la vez que tacto político amor vocacional a su misión y amplia capacidad de trabajo, pues su labor no se concretará a la escuela sino también a la vida extra-escolar. Esa misión será aún más compleja y de-

---

(1) En materia de educación sexual la escuela soviética ha encontrado la justa medida. Se enseña a los educandos por modo indirecto y gradual, a través de todo el período educativo medio, aprovechando las ciencias naturales, la observación misma de la naturaleza, etc. Los niños van, poco a poco, conociendo el factor sexual y acaban dominándolo. De este modo la vida y sus misterios no perturban por manera brusca su desenvolvimiento fisiológico y espiritual.

licada en las aldeas y pueblos pequeños, en los cuales el sentido político y social se acentuará más. El maestro deberá tener conocimiento experimental de las distintas actividades laboriosas del hombre y familiarizarse con ellas. En materia política se le exigirá trato familiar con la filosofía marxista (materialismo dialéctico) y con la sociología marxista (materialismo histórico). La pedología le será igualmente indispensable. Otro requisito fundamental para el maestro es el estudio del alma del niño y de sus necesidades afectivas, y ello le será tanto más indispensable cuanto una de sus funciones primordiales consiste en levantar la autoridad moral de la escuela, que representa a la colectividad (socialismo), por sobre la autoridad de la familia (individualismo, burguesía). Este aspecto es sin duda desde el punto de vista humano, el más delicado y el más interesante.

Como puede advertirse, la importancia que tiene el valor *maestro* es extraordinaria, fundamental en la construcción de la nueva sociedad. Creo que ahí reside el punto débil en la formación educacional de la burguesía y, rastreando más aun, podría inducirse de ahí mismo uno de los factores de la crisis ideológica y moral porque ha atravesado aquella en sus últimas etapas.

Indudablemente aún en la misma Rusia no se ha dado al valor maestro su exacta importancia. De acuerdo con las investigaciones de la ciencia educacional corresponderá al maestro un rol preponderante y trascendentalísimo en la formación de hombres, en el desarrollo de personalidades y en la armonización que, de acuerdo con las necesidades y leyes colectivistas del régimen de socialismo, deberá establecerse entre aquellas y éstas. En razón de ello habrá que buscar, para llenar los cuadros educacionales en todos los grados, a los hombres mejores, a los más inteligentes, mejor dotados y de más alta capacidad en cada región o centro de vida. Llegará día en que la función del maestro marque el más alto nivel de responsabilidad e importancia en la vida de los pueblos.

Son interesantes las objeciones que con propósito de desvirtuarlas y no sin criterio inteligente formulan algunos de los principales educadores soviéticos, hombres de primer orden cuyo aporte a la educación de la nueva época no puede aún ser debidamente valorado. Entre ellos Krupskaia, la ilustre compañera de Lenin, cuya labor la destaca entre las más grandes mujeres que hayan producido los siglos últimos, Pistrak, Chatzky, Epstein, Chulguin, Pinkevich... Algunas de esas objeciones envuelven el temor secreto de que la práctica, dogmatizándose (y

burocratizándose), lleven por manera insensible a un «almacenamiento educacional». Mas se alza contra eso, en vela infatigable, el espíritu de auto control albergado en la conciencia de los grandes maestros. Por hendiduras apenas perceptibles podrían deslizarse los peores enemigos de lo futuro que, en aras de lo actual transitorio y acaso sin saberlo, dañarían la formación de un verdadero espíritu socialista: fanatismo, intransigencia, espíritu dogmático cerrado. La principal defensa está, a mi juicio, en la flexibilidad de la nueva educación, que busca adecuados caminos y está dispuesta a modificar, a renovar, a experimentar... La educación rusa es verdaderamente, en sus grandes aspectos, una educación revolucionaria y dinámica.

En cuanto a los métodos de enseñanza cabe reconocer innovación en el espíritu y en la forma. A los anticuados métodos de la escuela vieja—recitaciones, revistas, exámenes, tareas—suceden otros más razonables, en los cuales pasa a primer término el desenvolvimiento de la capacidad personal del alumno. La vieja pedagogía—escribe Pinkevich—«colocaba la adquisición de conocimientos muy lejos y muy por encima de la formación de la mentalidad y el carácter del niño. La nueva escuela atiende no tanto a la adquisición de un cuerpo de saber como el desarrollo de la capacidad para adquirirlo; en otras palabras: la nueva escuela saca a primer término el dominio de los métodos para comprender el mundo. Un hombre atiborrado de hechos puede ser comparado con un diccionario o una biblioteca; pero el hombre que nosotros aspiramos a producir es un organismo activo y no una fuente pasiva de referencias ni una enciclopedia ambulante. A los niños se les debe habituar a los métodos de dominar las materias y no simplemente a perseguir la cantidad».

Es la justificación del método experimental de laboratorios, practicado en la Rusia Soviética, en el que cabe al niño desenvolver una doble actividad personal y colectiva. Personal por cuanto se ve forzado a discurrir con cierta independencia. Colectiva, pues sus trabajos se desarrollan en grupos y suponen colaboración (1).

Las prácticas rusas han abolido los exámenes y la antigua toma de lecciones por el profesor, sustituyéndoles con el auto control. Ello permite al maestro dar cierta autonomía al alumno y crea en éste estímulos sanos a la vez que le hace posi-

---

(1) El método experimental todavía no ha logrado desplazar sino parcialmente a los demás métodos en la U. R. S. S., en razón de la limitación de equipos y de carencia de maestros idóneos en la proporción necesaria.

ble trabajar en condiciones de normalidad cerebral, sin verse obligados a esos esfuerzos anti-higiénicos, anti-naturales y anti-pedagógicos que suponía el antiguo sistema de exámenes. Puede el alumno desarrollar un trabajo metódico y armonioso durante el año escolar, trabajo que por el doble carácter personal y colectivo que inviste despertará en él activa conciencia estudiantil y un sentido real de la fraternidad y de las ventajas del espíritu de asociación.

Otro aspecto educacional reviste también grande importancia: la autonomía estudiantil. Este principio no supone libertad ideológica, pues no dice relación sino con la organización interna del alumnado, con la agrupación de éste en círculos y sociedades políticas o económicas, con las relaciones inter y extra escolares y las que se crean entre maestros y alumnos. En cada colegio y en todos los grados constituyen estos soviets de clase, de facultad, de universidad y encomiendan a sus miembros el derecho de sancionar, el de exclusión en casos determinados, la organización de fiestas, excursiones y trabajos. La autonomía permite controlar en cierto modo a los maestros y hasta imponerles formas de estudio y de trabajo. Vigoriza el activismo en la vida y en la enseñanza, pero coarta la libertad individual favoreciendo cierto espíritu gregario del cual sólo pueden liberarse o aprovecharse los más fuertes y los más inteligentes. Sin embargo, contribuye por manera notable a la formación de disciplina social política. Para que pueda dar frutos valiosos creo que es menester limitarla, concediendo al maestro derecho de intervenir en los acuerdos y discusiones estudiantiles, ocasionalmente por lo menos, los cuales en cuanto digan relación particular con cada alumno deberían estar sujetos a revisión por los consejos de profesores y en cuanto a la enseñanza controlados por los inspectores educacionales.

En todo caso la autonomía estudiantil debe suponer la existencia de maestros altamente calificados.

¿En qué medida la educación soviética realiza hoy sus programas y funciones? Confiesan las principales autoridades que sólo «una fracción de la población de edad adecuada» puede gozar de ella actualmente. La campaña contra el analfabetismo grandiosa en sus proporciones— no ha podido aún completar su objetivo y la pobreza del erario no permite, por otra parte, generalizar debidamente la educación primaria ni desenvolver armoniosa y racionalmente la media y superior o técnica. Pero de lo que no hay duda es de que no caben establecerse comparaciones entre el pasado y el presente, entre la Rusia zarista y

la Rusia bolchevique. Median un abismo y el nacimiento de un mundo.

Sin insistir demasiado en las cualidades y deficiencias de la educación soviética—en la cual, desde el punto de vista técnico, se ha aprovechado la experiencia de los mejores educadores modernos—podemos reconocer que su principal defecto reside en el marco ideológico rígido en que encuadra sus actividades, concediendo excesivo predominio a la propaganda política e ideológica del comunismo. Sin embargo, este aspecto es susceptible de modificarse y la experiencia, secundada por el tiempo, irá suavizando asperezas. En el método muy flexible caben graduaciones, libertad; se observa simpatía hacia el autonomismo, hacia el reconocimiento del derecho de cada estudiante a influir en su propia educación. Pero la práctica y la intervención política coartan esas tendencias en nombre de las necesidades fundamentales de la Revolución. Cabe esperar que ese rudo antagonismo del espíritu y de la realidad, de las tendencias emanadas por la técnica y de la práctica se resolverá algún día, en armonioso proceso de colaboracionismo que permita a los hombres, nacidos en el seno de una nueva sociedad, desenvolver su educación sin restricciones espirituales. Podrán así, auténticos señores de la vida, pasear su mirada, sin miedo, por el panorama de todas las culturas y de todas las épocas, ciertos de que la comparación habrá de favorecer rotundamente a la educación y a la cultura de la Sociedad Socialista.

Queda, entretanto, mucho camino para andar.

La actual educación rusa contiene en potencia todos los factores de un espléndido desenvolvimiento que lleve a alumbrar una sociedad mejor, pero también posee, en potencia, elementos retardatarios. Las normas y la técnica alcanzan al más alto nivel que haya encontrado la humanidad hasta hoy, pues envuelven la posibilidad de constituir una cultura media universal. Todos los obstáculos y deficiencias podrán salvarse ampliando el espíritu de flexibilidad educacional y procurando formar maestros altamente calificados. En esto, precisamente reside el *quid* del problema.

El Soviet ha encontrado, en relación con la nueva sociedad, una fórmula admirable: Llevar la vida a la escuela y hacer una escuela de la vida. Se aprende, se estudia y se trabaja desde el primer tramo hasta el último de la escala. Todo en la vida misma, en las ciudades y en los campos aparece subordinado a este propósito. Se forma a los hombres para el ambiente en que han de vivir, ambiente que éstos modificarán y superarán en la

medida de su cultura y de su desenvolvimiento socialista. No hay contradicciones como en la sociedad burguesa que prepara a los hombres, cuando los prepara, para actuar en un medio hostil, en un medio en el cual se sentirán desarmados, en un medio que reserva la carta del triunfo a los más audaces y a los más fuertes.

Y este programa, que habla a los hombres un lenguaje que nunca antes habían escuchado, lo está ensayando en Rusia un partido dominante que afirma su imperiosa voluntad de forjar un mundo nuevo.—EUGENIO ORREGO VICUÑA.

## EL PELIGRO DE NUESTRO TIEMPO

El sentido profético de estas páginas de Walter Rathenau, el canciller judío-alemán que fué asesinado en Berlín en 1922, se refuerza con el conocimiento de que su autor fué un gran idealista tanto como un hombre de empresa, es decir el estadista supremo en los tiempos de crisis que encaramos. La media docena de libros que dejó Rathenau son la obra de un filósofo de la política y de la economía de nuestro tiempo. Walter Rathenau es considerado como el único crítico de las condiciones económicas que es a la vez fiel a los hechos y al mismo tiempo creador. El ensayo que damos a continuación ha sido especialmente traducido para *Atenea*.

**L**A propagación del movimiento mundial característico de nuestro tiempo, proviene de dos factores básicos cuya conexión es muy estrecha. Una concentración jamás vista de población ocurrió en aquellas regiones que eran más apropiadas para el florecimiento de la civilización. Su expansión creciente rompió al fin la delgada corteza que daba hasta entonces su forma a las naciones europeas y servía de valla a su rivalidad. Este enorme exceso de población vino a hacer indispensable una revisión de los principios económicos y métodos de vida a fin de asegurar el bienestar y la vida misma de nuestra raza.

Del amontonamiento de los pueblos resultó la liberación de fuerzas en sus capas inferiores, y esto dió vida a una mentalidad que respondía a las necesidades de la obra por hacer. El espíritu de transformación de la humanidad tenía un largo camino por recorrer. Antes que el nuevo orden de cosas alcanzara su realización era menester, desarrollar el pensamiento abstracto